

CARRILLO Y SOTOMAYOR, LUIS (CA. 1582/1585-1611)

DECIMAS, ROMANCES, LETRILLAS

Décimas de Pedro de Ragis

1

Pues que imita tu destreza,
¡oh Ragis!, no al diestro Apeles,
en la solercia, en pinceles,
en arte, industria y viveza,
sino a la Naturaleza
tanto que el sentido duda
si tiene lengua, o es muda,
la pintura de tu mano,
o si el Pintor soberano
a darle alma y ser te ayuda.

2

Hoy favorecido dél,
tabla o lámina prepara
para la empresa más rara
que emprendió humano pincel;
pinta al Arcángel Gabriel,
gloria de su Hierarquía,
con el aire y gallardía
de la más hermosa dama
que loa y salva la fama
anunciando a su Mesía.

3

No traces ni hagas bosquejo
de esta admirable pintura,
sin mirarte en la hermosura
de quien della es luz y espejo,
que aunque sigas mi consejo,
no saldrá el retrato tal

que iguale al original;
anima y esfuerza el arte,
podrá ser que imite en parte
su belleza celestial.

4

Para retratar su pelo,
del oro las hebras deja
y húrtales su madeja
al rubio señor de Delo;
los rayos digo que al suelo
más ilustran y hermocean,
que rayos quiero que sean
de luz, si de fuego son,
porque el alma y corazón
con más fuego y luz le vean.

5

Fórmale rizado en parte,
que hace riza, y ha de ser,
red no, casa de placer
del amor Venus y Marte;
lo demás vuele sin arte
por el cuello y por la espalda;
del rubí, de la esmeralda
y brillante pedrería,
que el sol con sus hebras cría,
le ciñe rica guirnalda.

6

Deja colores del suelo
para dibujar su frente
y tome el pincel valiente
lo más sereno del cielo;
tu cuidado y tu desvelo
de la vía láctea, breve
parte tome, si se atreve,
y saldrá desta mixtura
serenidad y blancura
de cielo claro y de nieve.

7

Cambia al ébano el color
y con él en vez de tinta,
dos iris hermosas pinta
en este cielo menor,
prendas que nos da el amor
de paz y serenidad;
mas si encubre su beldad
nube de ceño, o se estiran,
arcos son, y flechas tiran
de justa inhumanidad.

8

Alienta el pincel y copia,
si tú el aliento no pierdes,
dos soles, dos niñas verdes,
luz de mi esperanza propia;
de rayos perfila copia
en una y otra pestaña,
pero de sombra los baña
si no quieres quedar ciego,
aunque, si ciega, su fuego
admira, eleva, no daña.

9

Recoge su honesta vista
con grave modestia, y guarte
no mire más que a una parte,
que no habrá quien la resista.
Almas y vidas conquista
de lo más grave y más fuerte,
que es fuerte como la muerte
su mirar dulce y suave;
mas dichoso aquel que sabe
que le ha cabido tal suerte.

10

Forma dos nubes hermosas
embestidas destos soles
o dos bellos arreboles
o dos virginales rosas;
(pues que no nos da otras cosas
de otra belleza más rara
la naturaleza avara);
y harás sus mejillas dellas,
más hermosas y más bellas
que las del Aurora clara.

11

Haz la nariz afilada
de color de blanca nieve
que el alma y los ojos lleve
de sola una vez mirada;
chica no, sí moderada,
y dos ventanas en ella
cada cual rasgada y bella
por donde [se] tenga aviso
del olor del paraíso
que espira debajo della.

12

Guijas de plata lucientes
toma, o perlas orientales,
y finísimos corales
para hacer labios y dientes.
Las gracias no estén ausentes
de lengua, que, si se mueve
enseña, deleita y mueve;
antes las finge estar dentro
de su boca como en centro
suyo y de las musas nueve.

13

Marfil terso blanco y bello
y alabastro preparado
materia de al descollado,
hermoso y divino cuello;

y, si el amor quiso hacello
torre fuerte y su armería
para darnos batería,
hazle tu castillo fuerte,
barrera contra la muerte,
y vistosa galería.

14

De la nieve más helada,
del cristal más fino y claro,
del mármol mejor de Paro,
de la plata más cendrada,
toma parte y, desatada
con leche, encarna sus manos
tales que los soberanos
ángeles dellas se admiren
y con respeto las miren
y se las besen ufanos.

15

La derecha el dedo alzado
tenga, mostrando que viene
de Dios todo el bien que tiene
y que es del cielo legado;
la izquierda ostente preciado
cetro de oro que es su ser,
quien puede y debe poner
al mismo Cupido leyes,
y a quien los grandes y reyes
se precian de obedecer.

16

Los matices ordinarios
guarda para otra ocasión
y gasta aquí los que son
indicio de afectos varios;
toma como extraordinarios
al rubí su colorado,
a la amatista el morado
y su verde a la esmeralda,

toma al topacio su gualda
y al zafiro el turquesado.

17

Destos matices y el oro
de Arabia más bien obrado,
su ropaje harás bordado
para encubrir con decoro
del gusto el mayor tesoro,
el nácar de más fineza,
la suavidad y belleza
de un paraíso terreno
en quien cuanto hizo bueno
cifró la naturaleza.

18

Poco he dicho, mucho allano
este Arcángel peregrino,
este sujeto divino,
este trono soberano;
deste Serafín humano,
mi Arcángel hacer conviene;
haz ¡oh Ragis! porque llene
tu pincel mi corta idea
y el siglo futuro vea
lo que el nuestro goza y tiene.

19

Y si te saliere tal,
en bronce o tabla más tierna
que merezca ser eterna
copia de este original,
dale mi alma inmortal
para que anime el retrato,
que alma humilde de hombre grato,
que está menos donde anima
que donde ama, más se estima
que alma noble en cuerpo ingrato.

Mas, ¡ay! loco devaneo,
 que pida yo un imposible,
 porque lo hace posible
 mi afición y mi deseo,
 difícil es, bien lo veo;
 mas el brío y ardimiento
 de tu honroso atrevimiento,
 ¿a qué aspira que no alcanza?,
 y, cuando no, mi esperanza
 premio es bastante a tu intento.

Al original del retrato

Divino Arcángel que al Cielo
 oscurece su hermosura,
 nublados desta pintura
 a tu altar sirvan de velo;
 gloria y belleza del suelo
 admite con rostro humano
 (bien cual Jerjes del villano
 recibió el agua) este don
 y alma y vida y corazón
 en fe que están en tu mano.

Las gracias de tu alma pura
 a Apolo manda el amor
 describa con su primor
 en verso de más dulzura;
 lo cierto es que en su escritura
 o en verso sea o en prosa
 habrás de ser bella diosa,
 y si Apolo verdad canta
 serás noble afable y santa
 aún más que bella y hermosa.

Mi intento, señora, ha sido
 en pintar esta deidad,
 sacar a luz la beldad
 increíble que has tenido;
 antes que al tiempo el olvido
 suceda y al sol la helada:
 antes que a tu edad dorada
 la de plata encubra y seque

un accidente y te trueque,
de cielo que eres en nada.

Poesías al Remedio de amor de Ovidio

Carta dedicatoria a la señora doña Gabriela de Loaisa y Mejía, su cuñada

¿A quién daré la lira
que, contra Amor eterno,
suspendió el verso tierno,
de su fogosa ira
y su terrible ceño,
vestido de desvelos, siendo sueño?

A ti, sagrado empleo
de la Fama divina,
a quien dulce se inclina
el más rico deseo,
a ti que el mejor pecho
a tu divino ser no es reino estrecho.

Pierda el ocio la Fama,
pues que tu nombre canto:
nacerá ilustre espanto
de tu divina rama
de Loaisa y Mejía,
de uno y otro blasón honor y guía.

Entre ardientes cuidados,
a mil pechos sujetos,
osé aquestos concetos
de mi musa, abrasados.
¿Ay, contra Amor quién puede?
Tú, que a su aljaba tu valor excede.

Mi musa es verde rama,
cuya dulce armonía
libre del postrer día
a lo eterno te llama,
y en sus labios, famosa,
eternamente vivirás hermosa.

Antes que Elena fuera,
hubo hermosura rara;
faltó quien la cantara,

bien que al tiempo ligera.
Mas, aunque más consuma,
tiene contra la edad nervios la pluma.

Salgan, pues, en tu nombre,
mis desvelos osados
y ricos mis cuidados,
que es mi dueño tu nombre,
que, en tan humilde intento,
será rico, si osado, atrevimiento.

Del autor al Remedio de amor

Canto contra amor airado,
de su fuego poseído:
así ofende el tigre herido,
en vano, el dardo arrojado,

su contrario. De impaciente
es mi estudio, mas, en suma,
razones dice mi pluma
que mi llanto las desmiente.

No tan sólo el rostro riega,
también nada el pecho en llanto;
y como es el llanto tanto
hasta la razón se anega.

Y así a mi fiero dolor
buscarle cura es locura,
pues en mí su misma cura
viene a morir por amor.

Y así en mis tales tiranos,
serán sin fin los gemidos.
¡Venid los menos heridos,
y quizá volveréis sanos!

Elegía

¿Coronaban bellas rosas,
sangre un tiempo de sus plantas,
la frente, que afrenta al cielo
por más bella y por más blanca,

de aquella gallarda Venus
que a las amorosas ansias
ardientes cuidados mezcla
con penas dulces y amargas.

«Oye», la diosa me dijo
-y al reír, hermosa y blanda,
robó a sus dientes de perlas
su vestidura de nácar-.
«¿Qué te aprovecha, mancebo,
nos dificulten tus llamas
penas, con disfraces tuyos,
para nuestro vulgo extrañas?

Más estima el reino mío
dos endechas, dos palabras
hechas tiernamente y dichas,
que tus estudios y alas;
más de un amante quejoso,
en su musa castellana,
cuatro agudezas desnudas
que diez grandezas toscanas.

Deja de esos graves libros
las más que severas canas.
Ciego amante, ¿por qué buscas,
estando en la fuente, el agua?
Más me agrada un verso tierno,
no lo dudes, más me agrada,
que los rayos de un Homero,
que de un Virgilio las armas.

¡Cómo siente un Castillejo!
¿No ves qué tierna desata
su española voz sus quejas,
vestidas de sola el alma?
Blandamente dice un Lerma;
¡qué bien llora, qué bien habla!,
milagro de amor, aún viven
en sus escritos sus brasas.

Mis armas son damas tiernas,
pero apetecen mis armas
lamente su ofensa el pecho
blandamente, pues son blandas.
Deja esos libros, mancebo,

mira que tu pena agravian:
¿cómo escondido en sus nieblas,
sabrás tu sol si te abrasa?

Canta de hoy más mis victorias
-cantando a Lisi, las cantas.»
Partióse, y dejome un mirto,
prenda de sus manos blancas.

Elegía al Remedio de amor, del autor

La joya, por parto, al cielo
divina, que a ricos mares
robó el tesoro de perlas
y a blanca espuma su engaste

(presunción de altiva gloria
bien que el robo le envidiase,
de azul, la sagrada tez,
sin tributo a su homenaje)

-que del ondoso tridente,
al mármol inmenso calle,
en rodeo de la tierra
le moviera sus umbrales,

por seguir pisadas de oro,
resplandeciente semblante,
del verde dios en los coros
nuevo ardor, al frío jaspe-

bien que, reina, bien que, diosa,
dulces prendas de su sangre
coronasen blancas sienas,
negros ojos, volvió a hablarme:

«¿Por qué, mozo, sabios necios
autores de liviandades,
livianos en desmentirse,
diestros de lengua a sus males,

por qué de las canas letras
los muy severos linajes
agravias? ¿si no quisiste?
¿si porque en cenizas yacen?

Hablarán sus muertas obras,
verás si de su mal grave
son testigos más que mudos
fuegos que su losa agravie.

Intentó remedio, ¡ay, triste!,
quien más enseñó a olvidalle:
diera a Niso sus madejas
y vida a fieros amantes.

Para esto consultó a Febo;
Febo que amara a su Dafne,
de laurel sagrado tronco
y de sus galas donaire.

¿Hay a quien, tanto, cortezas
de muerto desdén le agraden?
y ¿puede de amor remedios
cura que a su mal no baste?

No de su mal docta escuela
el discípulo fue, infame,
que a su profeta maestro
le igualó la peor parte.

Pues no remedió su amor
que, amando de su lenguaje
tiranos versos al pecho,
fue mal, si elocuente, grande.

Antes la sagrada boca,
venciendo crespos cristales,
no desatará a la noche
la sombra de oscuros mares;

antes, sin rosados dedos,
y de plata, sin pies, antes,
no brillará el blanco aljófara
la aurora al niño gigante,

que dejen dulces calores,
largo amor de eterno alarde,
del fuego que oprime al mundo
sólo el que en mi deidad cabe.

Entonces fue ley de hierro
cuando yo al cielo, mi padre,
desde el mar envuelta en ondas
pude, si quise, abrasarle.

Dulcemente al claro Olimpo
espanto que gloria alcance
o de dioses amor, dueño,
o a dioses, tirano, agrade.

En juegos de lazo ardiente,
de común sosiego y paces,
envidia del mortal suelo
fue el dios que triunfando sale.

Concebí yo, generosa,
ni concebí, mal se sabe,
de fuego avaro de estrellas,
o ser estrecho a tal madre.

Pude cuanto alcanza el fuego
que, honrando divinas partes,
con razón de dios alienta
obra que muerte no ultraje.

A los mortales enfermos
así digné que gozasen
por mejor parte que el cuerpo,
que aspire amor, que amor guarde.

Así, de rayos vacía,
cuando al frío saludable
sacó luz santa la vida,
de ciega noche a mortales,

yo semillas amorosas
sembré, yo pude cortalle
al negro espanto y ofensas
los odios de muerte infames.

Cubriera los hombros fríos
de la tierra miserable
estrago de muerte fea,
a no mandar reino fácil.

Yo sola, con tierno empleo,

yo, con prisiones que atajen
de tirana fe la envidia,
guardé en paz cuanto amor pace.

Porque el pensamiento, rico
de ganadas prendas, arme
valiente mano a su suerte
y al amor su peso espante,

en las guerras de amor dulces
crié ardientes capitanes.
Tú, mozo, escribe remedios
a locos, pues su mal sabes».

Dijo, gozosa, la reina.
Y al vuelo, que tocó el aire,
añadió gracias al mirto,
porque más prendas dejase.

Romances

1

Cristales, de cuyas aguas
tanto la fama y su trompa,
no por dulces ni por claras,
por vuestro olvido, pregona;

campos, que ya parecistes
entre las sangrientas olas
y entre quejas de Rodrigo,
retrato de mis historias;

nubes, que un tiempo cegastes
al sol en su luz medrosa,
flechas de Alarbes aljabas
y moriscas banderolas;

sitio, ya un tiempo instrumento
de la voz de la mar ronca,
tan ceñido de edificios
como de mal mi memoria:

de cuantas veces atentos

les escucháis a las olas
quejas de nave o de remo,
de que la rompe o azota,

escuchadme unas verdades,
que, por tantas y tan solas,
van a buscar mundo nuevo,
que en aqueste se usan pocas.

Adoro una bella ingrata,
ídolo de mi memoria,
a cuyo templo consagro
el fruto de mis congojas.

Tres años ha -¡tres mil años!-
labro en su casa a deshora
hierros de balcones ciegos,
piedras de paredes sordas.

Tres horas ha que ha rendido
(mas mirad qué fuerte roca)
la mano a quien ha llegado
apenas aquí ha tres horas.

Yo la he visto descubrirse,
no la blanca frente sola,
mas la voluntad y el pecho,
no ha tres años, ha tres horas.

Por vengarme de mi agravio
les diera a tus aguas hondas
un pecho, do, eterna, vive
aquel bronce, aquella roca.

Mas no te quiero tan mal,
que basta su imagen sola
a encender a tus cristales
y a empozoñar a tus olas.

Basten las verdades dichas,
que, aunque no las digo todas,
sobrarán para verdades,
pues para desdichas sobran.

«¡Oh tú, de los altos mares
y de más que inmensos golfos
del espumoso tridente,
señor absoluto, Eolo!

¡Oh tú, poderoso rey,
que los altos alborotos
del mar creces, del mar templas,
puedes solo y mandas solo!

¡Tú que, si con frente altiva
mueves tu ejército honroso,
al celestial Argo alteras
sus celestiales pilotos!

Así de tu reino altivo
nunca ofenda leño corvo
la sagrada y cana tez
sin hacer y cumplir voto,

y, venciendo al templo Lisio
el tuyo, escondan tu rostro,
como allá ganchosas testas,
obencaduras y estrobos.

No quede friso o cornisa
que marinero famoso
no esconda su lienzo en letras
y en humo su fuego el oro,

y, creciendo sus respetos,
aun a pendientes despojos
no se atrevan, por ser tuyos,
los ojos menos devotos,

de suerte que, por no verse,
estén en parte quejosos
el bronce, de tu deidad,
y, de su ejemplo, los votos.

Suden aras y cuchillos,
unas negras y otros broncos,
ámbar que el Oriente ofrezca
sangre de votivos toros,

y, de tal suerte se aumente
que sus crecientes arroyos,
dando color a tu playa,
puedan llamarla el Mar Rojo.

Venzan en tus anchas naves,
de la noche manto y rostro,
sudores de la Pancaya
sobre arenas del Pactolo.

Y con tal religión sea,
que cuente eterna en tus ojos
más siglos que Néstor años,
más años que el mar escollos.

Respeten los de tu playa
tanto que, si el fiero ponto,
sacrílego, escupe al cielo,
esté entre ellos religioso.

Y si alguno los cortare,
semejante en obras sólo
sea el biznieto de Belo,
o al nieto del cielo hermoso.

Y si en el de Asiria al Fénix
le conceden Mauseolo,
el rémora por mar raro
eternice tus cimborrios.

Tema robos el arena
de sus cimientos más hondos,
usurpándola los labios
a sacerdotales socos».

Dijo, pidiendo Levante,
esto un amante lloroso,
dióle el dios viento a sus quejas,
¡que hay, entre amantes, dichosos!

3

Romance «A la caza de unas galeotas turquescas»

Con más oro el sol y galas

mostró su rubia madeja,
dándole el sereno mar
parabién de su belleza,

y, apenas nuestros clarines,
viendo su frente serena,
con sus voces delicadas
le dijeron mil ternezas,

cuando del garcés, alegre,
un marinero vocea:
«¡A la mar! ¡Bajel de remos!:
¡que nos descubre, que vuela!»

Afirmólo un timonero
que desde la larga flecha
le ve bañar en el mar
la ligera palamenta.

La nuestra, que aún no tocaba
serena las ondas crespas,
por no quebrar en espuma
al sol mil saladas perlas,

hace de los remos alas,
y los espalderes muestran,
al son del cómitre y pito,
con su fuerza su destreza.

Gime la mar, azotada,
y la recibida afrenta
remite con roncocos ecos
a la tormenta primera.

Con las alas del deseo
nuestro bajel presto vuela;
mas el miedo y libertad
las tuyas al turco prestan.

Ya le entra nuestro bajel,
ya nuestra vista se entrega
en el buco colorado
y en la turquesada entena.

Sobre la larga crujía,
el golpe y la voz soberbia

del arráez a su chusma
trueno y rayo representa.

Vuelve a ganar lo perdido
y, fiada en su presteza,
poniendo al viento la proa,
gallardamente proeja.

Síguele la capitana
y ya en la popa turquesca
con el espolón escribe
su victoria y su sentencia.

Ya la embiste, ya la alcanza;
ya se escapa, ya nos deja.
Ya, de rendida, desmaya;
ya, de animosa, se aleja,

cuando un furioso Leveche
empezó en la mar exenta
a levantar con sus silbos
torres de cristal soberbias.

Salió más cual más sutil,
y aunque la nuestra hace fuerza,
nos niegan el viento y mar
lo que el general desea.

Llegó la noche, y su manto,
como encubridor de afrentas,
encubrió nuestra tardanza
y aprobó su ligereza.

Escurrimos, ya cansados,
lastimando las arenas
las áncoras, arrojadas
en la costa de Valencia

4

Pártome en estas galeras
a surcar el ancho mar,
como si en el de mis ojos
no me pude anegar más.

Pártome, y aunque me parto,
dejo, Lisi, el alma acá,
la mitad della en rehenes,
que es tuya la otra mitad.

Mientras más de ti me alejo,
más se me acerca mi mal;
y mientras más se me acerca,
más lejos mi bien está.

Cuando mi mal me acongoja
no me atrevo a suspirar,
que con ellos los trinquetes
más presto me llevarán.

De las lágrimas que lloro,
si algunas llegan allá,
en lo amargo y en lo ardiente
presto las conocerás.

Póngole guarda a mi pecho
del sufrimiento, que es tal
su fuego, que a mi galera
temo me la ha de abrasar.

De la salamandria dicen
que en el fuego viva está,
por mi corazón lo digo,
que, a más llamas, vive más.

Mas, si es cierto no consume
el que es fuego elemental,
siendo tu fuego de cielo,
¿por qué me consumirá?

Callo, y escucha, mi dueño,
porque se despiden ya
de Guadalete los remos,
quizá te enternecerán.

5

Ya con la salud de Celia,
viendo sus ojos divinos,
cielos los montes parecen,

y los valles paraísos.

Ya, al alba llena de flores,
perlas le daba el rocío,
la luna plata a la noche,
y el día al sol oro fino.

Ya como al sol la reciben,
cantando los pajarillos;
ya se le ríen las fuentes,
ya se le paran los ríos

ya se coronan las sierras
de romeros y tomillos,
mostrando en hojas, y en flores
esmeraldas y zafiros,

topacios y girasoles,
ya son turquesas los lirios,
las azucenas diamantes,
y los claveles jacintos,

Ya le daban los pastores
parabienes infinitos,
en tanto que la recibe
con esta canción Lucindo:

«Con salud, Zagala,
más bella que el sol,
bajéis a estos valles
a matar de amor.

Con salud bajéis
a matar de amores,
y a que broten flores
do los pies ponéis.

Mil años gocéis
vuestro hermoso Abril,
Celia, y otros mil,
dando luz al sol,
bajéis a estos valles
a matar de amor».

Pídenme tristezas versos,
desdichas me piden llanto,
mi vida me pide muerte
debida a mis tristes casos.

Escúcholos, triste, y sufro
lo que no pudiera un mármol:
¡Qué me faltaba el sufrir,
sólo para desdichado!

A veces mi sufrimiento,
siendo mis ojos dos lagos,
se deja anegar en ellos,
por ver si descansa acaso.

Húyense mis ojos dél,
de verle tal, espantados,
y él también se espanta dellos,
como los ve tan amargos.

Pruebo a decir algo en verso,
y enmudéceme mi llanto,
¡Qué me faltaba el ser mudo,
sólo para desdichado!

Búscola y llamo a la muerte,
no me escucha, ni la hallo,
¡Qué me faltaba tal vida
sólo para desdichado!

Quiero vengarme de mí,
no es justo, pues no he pecado,
mas, mándalo un pensamiento,
que tiene en mí mucho mando.

Enójome con mi suerte,
debiendo a mi suerte tanto,
mas, ¿qué, si riño a mi tiempo
lo que por él no ha pasado?

Sé que no me han de entender,
que es confusión mi trabajo,
¡Qué me faltaba ya a queste
sólo para desdichado!

Venus, Palas y Diana,
tres diosas, a quien contempla
la naturaleza humana,
por crisol de su belleza,

conciertan de entretenerse
en una agradable siesta,
de las que el hermoso Mayo
dentro de su curso encierra.

Y como la hermosa Venus
al pastor Lucindo muestra
de amalle con voluntad,
le manda al punto que venga

a un lugar donde le aguardan
todas tres, para que entienda,
que al pellico de sayal
estiman y reverencian.

Y que en todo su rebaño
no hay pastor que más merezca,
y, como a tal le permiten,
que les venga a dar ofrenda.

Tomó el cayado el pastor,
y para su bien se apresta,
llegó donde están las diosas,
y haciendo la reverencia,

a Palas rindió el cayado,
y a Diana los pies besa,
y a Venus entrega el alma,
por ser la que le alimenta.

Recíbenlo las tres diosas,
y, porque acaso no venga
de Venus la sacra madre,
le visten de su librea.

Tuvo la siesta el pastor
tan en gloria, que quisiera
ser aquel grande Alejandro

para dar la recompensa.

8

A las lenguas de los mares
de sus ojos, un garzón
así desató sus penas,
y así las escuché yo.

«Peñascos», dijo, «de España,
que resistiendo al mar hoy,
en vuestras eternas quejas
sois hijos de mi pasión:

ved la causa della y dellas».
Dijo, y del pecho sacó,
según crecieron los llantos,
nuevas penas, más dolor.

Acerqueme, y juzgué luego
que era idólatra el pastor,
pues adoraba a un retrato,
que era al parecer del Sol.

Llegueme más por miralle,
mas, de un divino calor
mi libertad temerosa,
le adoró, no le miró.

Juzgué su frente nevada,
que sin duda retrató
Naturaleza en su blanco
hielos de su condición.

Sólo parte de mi vista
más atrevida, juzgó
negros los crespos cabellos,
librea de su dolor.

Eran pobladas las cejas;
y así el zagal las llamó
pobladas como sus penas,
iguales cual su pasión.

Sus ojos no hay retratallos;

pero sus efectos son
morir siempre en su hermosura,
vivir siempre en su rigor.

Y esto juzgué desde lejos,
y que lloraba el pastor
unos efectos de ausencia,
cuando así se oyó una voz:

«Zagal, de tu niña
no es descuido, no,
que se habrá dormido,
que es niño el Amor.

Aunque es niño y tierno,
es gran rey, y yo
sé que sus palabras
cumple con rigor.

Sufre en este invierno
de ausencia, amador.
Vencerás, no temas,
pues te ayuda un dios.

De él, ni tu zagala,
no es descuido, no,
que se habrá dormido,
que es niño el Amor.

Zagal, de tu niña
no es descuido, no,
que se habrá dormido,
que es niño el Amor.

9

No me acabes pensamiento,
o ya que quieres que muera,
dame muerte menos fuerte,
que la que me das de ausencia.

Amor arquero, dios pobre,
rey, que sobre el alma reinas
ya estoy rendido y sujeto,
no gastes en mí tus flechas.

Carcelero pensamiento,
pues guardo tu prisión fiera,
del calabozo me saca,
en que me tienes de ausencia.

Y tú, esperanza, que vives,
conmigo, y con la firmeza,
no te vayas y me dejes
con dolor, tormento y pena.

Acuérdate, amor, que soy
de Amarilis, y no quieras,
que muera ausente a sus ojos,
pues quieres, por ella muera.

Sáquenme de la prisión,
y castíguenme a su puerta,
que es bien do se hace el delito,
que se ejecute la pena.

10

Ojos negros de mis ojos,
traidores, bellos y graves
ídolos del alma mía,
flechas de mi amor gigante,

nuevo templo de mi amor,
adonde mil votos hace
el alma, de más quererte,
sin que ninguno quebrante.

Yo aquel, señora del alma,
a quien tu color le hace
un Miércoles de Ceniza,
siendo en las desdichas Martes.

Yo el garzón más bien nacido,
de todos los destas partes,
que siempre estoy con nacidos,
por tener tantas comadres.

Yo, en fin, aquel boquirrubio,
que sólo sabe adorarte;

el que tus mentiras cree,
quiere, si escuchas, cantarte:

«Eres el amparo mío,
que cuando más soledades
me acompañan, tus memorias
danme vida, aunque me acaben.

Tú, sola, eres de mis ojos
la antepuerta, que me hace,
que sólo tus gustos vea,
y olvide todos mis males.

Son tus ojuelos, tu rostro,
cabellos, donaire y talle,
no más de hechura tuya,
que no hay a qué compararse».

Esto acabó de cantar
a su donosa, una tarde,
un amante deste tiempo,
que burlas y veras sabe.

Redondillas

1

Si bien de mis accidentes
son ancianos los cuidados,
mis bienes son los pasados,
y mis males los presentes.

Y así, en gran conformidad
tiene el dolor que poseo,
arraigado en mi deseo,
vislumbres de eternidad.

A mil de aquestos enojos
que mi pecho y alma sienten,
¿quién duda que los desmienten
las mentiras de mis ojos?

Pero no merezca espanto
que se esconda su rigor,

pues se afrenta mi dolor
de que se le atreva el llanto.

Al alma con lazo estrecho
encumbre el mal abrazado
porque en celar su cuidado
aún es amante mi pecho.

Querrélo, aunque más me den
mensajes que estoy mortal,
que estimo mucho mi mal,
porque fue un tiempo mi bien.

Y así, en trueque de la palma
de tan sabrosas victorias,
estas ardientes memorias
ofrece a tu gusto el alma.

Mas, para ya el discurrir,
pues tan triste imaginar,
en su ordinario cesar
en desear y sentir.

2

Al Conde de Niebla, don Manuel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno.

Si diere lugar mi llanto,
que, en mis esquivos enojos,
el ocio quitó a mis ojos
y el ocio le dio a mi canto,

osara, pero el tormento
de mis penas desiguales,
sólo al tono de mis males
tiene diestro el instrumento;

porque de mis duros casos
es ya tan uso el rigor,
que sólo al son del dolor
acierta mi voz los pasos.

Y así, aunque tal ocasión
diverso estilo merece,
por mi dolor prevalece

la costumbre a la razón.

Vos, dichosamente altivo,
un nuevo Apolo espiráis,
y con tal plectro os mostráis
como nuevo Horacio vivo.
Tal que, o ya el negro bridón

del mar mandéis, o la Lira,
su Jasón la mar admira,
y la lira su Amfión.

¿Qué os diré? Pero, alabar
es sólo asunto de Apolo,
al que no cabe en un polo,
al que no abrazó una mar.

3

No cual cisne con su canto
hago endechas a mi muerte,
que, aunque es amarga su suerte,
es más amargo mi llanto.

Bien sé, ingrata, que el negarte
fue miedo de enternecerte,
que se trocara mi suerte
en mirarme o yo en mirarte.

Yo te perdí y he perdido
triste con razón la vida,
que es justamente perdida
habiéndote conocido.

Yo tengo, en fin, de morir;
que el mayor mal -que es ausencia-
intenta sin tu presencia
el persuadirme el vivir.

Pues ¿cómo viviré ausente?
No lo querrán mis enojos,
si pierdo al sol de tus ojos
y si al cristal en tu frente.

¿Cómo, en mi amoroso ardor,

sin la nieve de ese pecho,
cuanto más brota deshecho
llamas mi escondido amor?

Perdí en tus mejillas bellas
al Abril más matizado,
cuando hermoso y confiado
compite flores a estrellas.

Perdí del rojo arrebol
de la aurora, lo más fino,
pues se queja en su camino
que se lo robaste al Sol.

Perdí en tu divino aliento
el aliento del verano,
cuando del florido llano
es manso ladrón el viento.

Perdí en tus cejas y boca
al ébano y al coral;
en tus dientes, el cristal
desasido de la roca.

Perdí en perder esas bellas
manos toda mi esperanza,
la señal de mi bonanza,
en faltar tales estrellas.

Perdí en tu talle gentil
la envidia de la hermosura
de Apeles en su pintura,
de Lisipo en su buril.

Y tanto, triste, he perdido
que, en mi terrible dolor,
sólo agradezco al Amor
el verme, por ti, perdido.

5

Sale el sol y salís vos;
¿quién duda tema la tierra?:
que si el uno la hizo guerra
mejor se la han de hacer dos.

El uno sale encendido,
sin duda que está enojado,
como le habéis eclipsado,
si no enojado, corrido.

Vos, gallarda y orgullosa,
dais guerra con fuego al cielo,
y abrasáis, Lisi, sin duelo,
aquí enojada, aquí hermosa.

Aquél, vencido, procura
con sus armas su defensa,
y aunque son rayos su ofensa,
lo es mayor vuestra hermosura.

Defiende su parte el cielo,
y hasta pequeñas estrellas
prestan al sol sus centellas
para castigar el suelo.

La tierra no descuidada
roba desde sangre a perlas,
alegre de enriquecerlas
en vos, como el cielo airada.

Mas vos -cuan altiva, hermosa-
sus deseos despreciáis,
y que os robaron lloráis
lo que gozan perla y rosa.

No sigo tal parecer,
que ellas, con vos comparadas,
para ser de vos hurtadas
más hermosas han de ser.

Porque salga más galán
le da el Aurora su aliento,
mas sale vano su intento,
pues las flores os le dan.

El aire pensó tocalle,
dale el sol buen aire; erróse
Y aunque se le dio, corrióse,
pues vino el vuestro a afrentalle.

Vióse al fin que su grandeza
quiso, enojado, ofenderos;
mas quebraste sus aceros
mostrando vuestra altiveza.

Enojado y presuroso
-que es mozo y se corre el sol-,
de vergonzoso arrebol
lleno dejó el carro hermoso.

Escondióse, y sus enojos
por suplir, la oscura noche,
y por veros en su coche,
salió toda llena de ojos.

5

Tened, ojos de mis ojos,
ojos enfrenad el llanto,
pues sólo ayuda el ser tanto
a anegarme en mis enojos.

Con tal cristal no os vengáis
de vuestro enojo del día,
pues su beldad y alegría
entristecéis y afrentáis.

Basta lo que habéis llorado
que, si crecéis mis enojos,
tanto llorarán mis ojos
que habréis de salir a nado.

Mirad, divina señora,
que si vertéis tantas perlas,
celos me darán en verlas
dadas al Sol por la Aurora.

Mirad que, aunque el pecho ardiente
agua pide, no ayudáis,
Lisi, con la que lloráis,
pues crecéis el accidente.

Las lágrimas que vertéis
son cristal; sol, vuestros ojos;
enciéndenlos sus enojos:

mirad si no abrasaréis.

Y es mi pena tan terrible,
tal en mí su ardor, es tanto,
que en parte huye mi llanto
dél, que es su fuerza insufrible.

Mirad si con derramar
dos perlas, tal me habéis puesto;
¿qué hará si echamos el resto
yo en sentir, vos en llorar?

Que las escondáis os ruego,
que, si el llorar dura tanto,
después que me falte el llanto,
llorarán mis ojos fuego.

Y, si faltaren centellas
con que yo en mi mal escriba,
suplirá la sangre viva
la falta que han de hacer ellas.

Y, cuando ella se aniquile,
el corazón que os he dado,
no dudéis que, desatado,
por mis ojos le destile.

Mas si es vuestro enojo tanto
y es mayor mi sentimiento,
callo, pues anegar siento
mis palabras en mi llanto.

Viene la voz a faltarme,
será porque no me queje;
mas ¿qué mucho que me deje
si viene el alma dejarme?

Fáltame ya qué llorar;
mas, vergonzoso, mi llanto
huyo, porque fuese tanto,
do no se supo estima.

Bueno es quebréis la paciencia,
cuando quiebro el corazón
por vos, y deis ya ocasión
a grave carga de ausencia,

Mi desdicha lo adivina
ya desesperada y muerta,
mas tened por cosa cierta
que no ha quebrado por fina.

Finezas os miré hacer;
mas helado vuestro acero,
de ausencia al golpe primero
se vino el mismo a romper.

Y habiendo tanto quebrado,
quedó, por mi muerte y mengua,
entera una mano y lengua
atrevida a un desdichado.

6

¿Has visto nacer el sol
por el Oriente divino?
¿Has visto el oro más fino
cuando sale del crisol?

¿Has visto cuando se mueve
el céfiro dando saltos?
Y cuando los cielos llueven,
¿has visto los montes altos
con canas de blanca nieve?

¿Has visto, llenas de humor,
cuando sale el sol a verlas,
las plantas, cuya labor
en unas parecen flor
y en otras sus mismas perlas?

¿Has visto en el seco ramo
la afligida Filomena
cantar su pena y mi pena
después que tuyo me llamo?

¿Has mirado los reflejos
que el sol hermoso, en saliendo
hace, dando en los espejos?
¿Has visto el nácar, haciendo
a la luz visos bermejos?

En efecto, ¿has visto bien
el ancho mar sosegado
donde los cielos se ven?:
Pues contigo comparado
no me parece más bien.

7

Sale la Aurora y, hermosa,
los campos esconde en perlas,
porque el Sol pueda cogerlas,
más vana y menos piadosa.

¿No sale hermosa? ¿No ves
qué contenta y qué triunfante
de que la noche, delante,
vaya besando sus pies?

¿No has visto después el Sol
qué bello de envidia sale,
pues como dama se vale
en su rostro, de arrebol?

Trueca la segura orilla
la nave por navegar;
demúdase en verse hollar
la mar de la fuerte quilla.

¡Qué bella va! ¡Qué preñada,
las gavias altas, del viento!
Ella afrenta al pensamiento,
a las nubes levantada.

¿Has visto el sol, lo estrellas,
el mar sesgo y enojado?
Pues, contigo comparado,
ni es hermoso ni son bellas.

8

Si es que ya no sois del cielo,
prenda de mi dueño amado,
al menos, dudo ha criado

tal cosa el humilde suelo.

Si es que ya de las estrellas,
ufano, no os trasladastes
y por mi dicha buscastes
otras que adoro más bellas.

Pues sois mi norte al miralla
y el instrumento de vella,
tan gallarda, hermosa y bella
que el cielo puede envidialla.

Pues sois, cuando más ardiente,
el apacible instrumento
de vencer el mal que siento,
que es grande, pues es de ausente.

Pues sois en la noche oscura
de mi ausencia y de mi mal,
a la luna luz igual
y dicha de mi ventura.

Pues sois, cuando más perdida
mi paciencia busca muerte,
lucero para que acierte
a buscar mi propia vida.

Pues sois el propio instrumento
de dar fe a la esperanza,
cuando mi desconfianza,
parece la entrega al viento.

Y pues sois la causa vos
de mi vida, y aun mi vida,
si es vida quien presta vida
con sólo veros a vos.

¿Con qué podré agradeceros
tanto, sino en alabaros?
¿Y con qué tanto estimaros
como deseo en quererros?

Letrillas

1

Es la duda, si es mi pena
en mí mayor o mi amor,
crece, por vencer, mi amor,
crece, por vencer, mi pena.

De tu vista y mis enojos
mi amor y pena ha nacido,
la pena de mi sentido,
el amor de aquesos ojos;
es de su insolencia ajena
la igualdad, y así en su amor
crece, por vencer, mi amor,
crece, por vencer, mi pena.

Los dos se han acrecentado
en tan terrible dolencia:
la pena, con el ausencia;
el amor, con mi cuidado.
Cada cual a mano llena
me usurpa, y, así, en rigor,
crece, por vencer, mi amor,
crece, por vencer, mi pena.

Destos dos contrarios tales
no puede el alma valerse,
¿pero dónde ha de volverse
donde no la ciñan males?
Moriré, que así se ordena,
pues en mí, con tal furor,
crece, por vencer, mi amor,
crece, por vencer, mi pena.

2

¿Qué importa negar tus males, corazón,
pues lenguas tus ojos son?

Encubrirme tus enojos
no lo querrán mis sentidos,
pues son mis ojos oídos
a palabras de tus ojos.
Mengua es ya, zagal, negar
en tu pecho tu pasión,

pues lenguas tus ojos son.

Bien puede estar escondido
el fuego de aqueste pecho,
mas con la lumbre que ha hecho
a luz tu mal ha salido.
Más cierto será mentir
tú zagal, que tu afición,
pues lenguas tus ojos son.

Basta el pasado disfraz
pues toca en caso pensado,
el pecho de guerra armado
y el rostro armado de paz.
Ser ya extremo, y no secreto,
te lo dirá la razón,
pues lenguas tus ojos son.

4

Cuidaba yo, penas mías,
antes que en ellas me viese,
que mudando de lugar,
mudara también mi suerte.
En todo soy desgraciado,
mis males, como mis bienes,
pues un hombre desdichado,
¿cómo es posible que acierte?
¡Ay tiempos diferentes,
que siempre sois peores los presentes!
¡Ay tiempos engañados,
que siempre sois mejores los pasados!

5

En tus aguas me acoge,
gran Guadalete,
le dará a mi memoria
tu olvido muerte.

Mis tristes memorias
que mi mal procuran,
mi muerte apresuran
con ausentes glorias.

De vivas historias
de un bien perdido,
remedio a tu olvido
pide mi suerte:
le dará a mi memoria
tu olvido muerte.

Tus sacros cristales,
adonde los pierdes,
será bien te acuerdes
de perder mis males,
en lo duro iguales
al mármol duro,
como mi fe, al muro
más firme y fuerte:
le dará a mi memoria
tu olvido muerte.

Epitafio al marido de una mujer flaca

Agradécelo a su dueño

Yace, el que ves, reposado,
en estas losas metido,
tan blandamente marido
cuan duramente casado.

No tengas huésped a exceso
ver que reposo profesa
en aquesta dura huesa
quien se casó con un hueso.